

(1965), quien un buen día emprendió viaje a Alemania, y allí dejó su vida, víctima de la tuberculosis. Así fue como todo su equipaje de ilusiones y proyectos se vio finalmente deshecho y reducido al equipaje que, de forma prematura, su madre va a entregar a la tierra de su tumba.

O como sucede en el caso de la novela corta *El incendio* (1967), que es el resultado de una estancia estival del autor en la localidad valenciana de Picasent, y, concretamente, en un barrio situado a las afueras del mismo, que estaba poblado por inmigrantes llegados de Albacete y de otras provincias del interior, los cuales habitaban casas bastante pobres y trabajaban como peones, sudando la camisa, para luego pasarse horas en el bar, cantando, chillando o maldiciendo.

Por eso mismo, no resulta extraño que su sexta novela, *La espera* (1967) –una novela catalogada como novela social– esté todavía arraigada dentro de aquel mundo novelesco por el que el escritor había empezado a moverse, ya que en ella vuelve de nuevo “al ambiente rural, a los tipos hondamente humanos, a la tristeza que produce la deshumanización del campo, al dolor por una felicidad nunca alcanzada<sup>11</sup>”.

Además, es en estos momentos cuando Rodrigo empieza a hacer uso de una costumbre que se irá arraigando en sus posteriores novelas. Me refiero a la circunstancia de que él se vaya convirtiendo, poco a poco, en uno más de los personajes de sus novelas, como había hecho uno de los escritores más admirados por él, Miguel de Unamuno. Una forma más de inmortalizarse en sus obras, gracias a ese marcado carácter autobiográfico.

Así, durante una conversación entre Ramiro y Rosario, en *La espera*, ésta le habla de un escritor amigo suyo que tiene muchos rasgos en común con el propio Rodrigo: ha estudiado por correspondencia; es amante de la pintura y de los colores vivos; fuma en pipa; su nombre –Rafael– empieza también por la letra r –y no debemos perder de vista el hecho de que, en varias de sus novelas, algunos de los personajes responden a las iniciales R. R., las mismas de su nombre y su primer apellido–; escribe acerca del mundo campesino y sobre la religión y los enfermos; tiene gustos similares en la lectura, y ha escrito un libro cuya temática recuerda mucho a la de *Un mundo a cuestas*:

El escritor había publicado un libro sobre estas tierras. (“Muy bien, pero demasiado sentimental...”) Un mundo que ha desaparecido, por eso lo escribió. Le dolía ver a las gentes tomar su

---

<sup>11</sup> *La espera*, p. 10.